



## EL LIBERALISMO TRIUNFANTE Y EL SURGIMIENTO DE LA HISTORIA NACIONAL

MARÍA DE LA LUZ PARCERO

I

Raras veces las actividades históricas en México han sido estrictamente académicas. Desde que nuestro país surgió como Estado moderno su historia ha sido, en primera instancia, la búsqueda permanente de su libertad, libertad concebida como un medio de progreso económico, social y político. La historiografía mexicana no es sino la manifestación más concreta de los procedimientos que, en opinión de los patriotas más ilustres o de los hombres más interesados en el bien común, pueden aplicarse a la consecución de esa meta.

En la crisis que afectó al mundo entre los siglos XVIII y XIX, y que sigue inexorablemente afectando a muchos pueblos, entre ellos el nuestro, la historiografía no podía ser una actividad erudita: tenía que estar, y está, vinculada a los problemas inherentes a su desarrollo. Era, en aquel periodo, arma de lucha, parte siempre de un programa orientado a encaminar el rumbo de la sociedad mexicana; era apoyo de actos bélicos y de los programas legislativos y educativos de las fuerzas en pugna. Para quienes la escribían la historia era asimismo acto de conciencia, experiencia que enseñaba; instrumento político, lección franca y bien intencionada que dejaban los miembros de los grupos contendientes.

El estado de agitación en que se debatía el país, poco después de lograr su Independencia, hizo que la labor histórica aun de escritores tan destacados como Alamán o Zavala y Bustamante y Mora, resultara circunstancial y poco esclarecedora aun para los hombres de la segunda mitad del siglo XIX.

Hacia 1865 Manuel Larrainzar, para quien la historia, “base de la experiencia”, “maestro de la vida”, debía ser también un espectáculo del acontecer humano destinado a servir de lección moral, científica y política; y a cuyo estudio debían dedicarse los hombres más penetrantes y los más reconocidos por su saber o su interés social, revisando en el seno de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística toda la producción histórica del país, encontraba obras parciales sobre todos los periodos, pero no una historia general. Esta clase de trabajos, decía, son obra del tiempo y de muchas circunstancias; están en relación con el adelanto de los pueblos. En todas las obras que se han elaborado

falta unidad de pensamiento y, por consiguiente, uniformidad en el plan y en la ejecución. Hay lagunas y vacíos en las épocas de que tratan; todos los trabajos son estimables, pero es preciso reunir lo más memorable, lo más útil e instructivo, refundir y formar en un solo cuerpo, bajo un plan más extenso y mejor combinado, todas las historias particulares purgándolas de los errores que pudiesen contener. Un trabajo así será de difícil ejecución, reconoce, pero la conveniencia pública, la marcha de la civilización, el lustre de la nación y los adelantos que ha hecho así lo exigen.<sup>1</sup>

Tendrían que pasar varios años para que esa aspiración, generalizada ya entre los escritores mexicanos como exigencia de una nueva época, se viera alcanzada.

## II

Al franquear el siglo XIX se inicia en el país un largo proceso de revolución en el que se enfrentan dos órdenes y pelean uno con exclusión de otro: el colonial y el democrático; las tendencias y los grupos se alían según los intereses que se juegan al pretender cambiar o perfeccionar la estructura social y la organización política heredadas de la dominación española. En medio de la versatilidad de los partidos y de las discrepancias ideológicas, los historiadores de aquella etapa exteriorizan en sus diversos matices los ideales del partido del orden, tradicionalista, católico y monarquizante, y las aspiraciones del partido del progreso, racionalista, liberal y republicano, conceptos que suponen un modo especial de entender el ser y la historia del pueblo mexicano.

El problema básico que se presentaba a la historiografía, explica el doctor O'Gorman, era explicar el aparente fracaso de la guerra de Independencia. El país, lejos de haber entrado a la senda risueña de la paz y del progreso, yacía en el abismo de la discordia y de la guerra civil. Liberales y conservadores se inculpaban mutuamente del desastre, y desembocaban, al tratar de comprender el pasado mexicano, en una contradicción irreductible.<sup>2</sup>

La disputa por el poder fue larga y cruenta; en ella se jugaban los dos partidos su propia existencia y el rumbo que tomaría la nación recién emancipada. Al mediar el siglo, Otero, Payno, Altamirano, Ignacio Ramírez, Ocampo, Arriaga y muchos otros escritores exhibían la continuidad de la lucha entre los dos sistemas y mostraban soluciones

<sup>1</sup> Larrainzar, Manuel, *Algunas ideas sobre la historia y maneras de escribir la de México, especialmente la contemporánea desde la declaración de Independencia en 1821 hasta nuestros días*. Imprenta de Cumplido. México, 1865.

<sup>2</sup> O'Gorman, Edmundo, "Tres etapas en la historiografía mexicana". *Anuario de Historia*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. T. II, 1962.

cada vez más variadas y ricas a las exigencias vitales de su tiempo. No obstante, por la inestabilidad continua anunciadora de los cambios notables que sufría socialmente la nación, era imposible vislumbrar con claridad los sucesos de un presente fluctuante, y al encontrar en el pasado indígena o en el colonial la raíz y el origen de cualquiera de los sectores en oposición, tampoco llegaron a entenderlo en su integridad y ni menos podía servir de inspiración o de orgullo a los partidarios de uno u otro bando.

Sólo después de la gran década de la Reforma y la Intervención (1857-1867), al observarse plenamente la toma de conciencia de la propia nacionalidad por parte de los grupos que reclamaron desde 1810 el goce de su soberanía, pudo hacerse una revisión y un balance de todo lo acontecido; sólo entonces se volvió con amor al pasado para esclarecer el significado del presente y para definir los contornos movedizos de ese pueblo que llegaba al ejercicio del poder.

Fue ese el momento en el que pudo originarse la historia nacional. Colaboraron en esa gran empresa Alfredo Chavero, Vicente Riva Palacio, Julio Zárate, Juan de Dios Arias, Enrique de Olavarría y Ferrari y José María Vigil al publicar *México a través de los siglos*,<sup>3</sup> obra cumbre del siglo XIX por su significado histórico; apareció entre 1887 y 1889 después de una larga gestación, en la que tal vez Larrainzar y Altamirano tuvieron no poca parte.<sup>4</sup>

Otros autores, con intereses sectarios los más, habían intentado una revisión de la historia de México en sus diversas etapas. Ninguna, sin embargo, animada por los intereses conciliadores del círculo de *El Renacimiento*, había emprendido el estudio sistemático de toda la historia del país desde los orígenes prehispánicos hasta la consolidación de la República. Fueron los liberales, como miembros de una clase ya dueña del poder, los que se dieron a la tarea de integrar una historia general filosófica y razonada “conforme a los adelantos del arte y a las reglas de la escuela moderna” tal como la quería Larrainzar: una historia interesante e instructiva de lo que la nación había sido en cada época, en que los acontecimientos presentados en su orden natural se explicaban en todas sus relaciones y combinaciones, en que se señalaba

<sup>3</sup> *México a través de los siglos*. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad más remota hasta la época actual. Balleca-Espasa. México-Barcelona, 1887-1889.

<sup>4</sup> Nos inclinamos a creer que la base de que partieron los autores de *México a través de los siglos* es el trabajo de Larrainzar antes mencionado por la completa identidad de los objetivos que proponen, por las fuentes que se consideran importantes y por el esbozo de la historia de México que aquel historiador presentara a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de la que Altamirano —conocedor sin duda de este proyecto— impulsor y amigo de Riva Palacio y sus colaboradores, fue luego miembro y vicepresidente.

con la debida distinción y claridad la parte que las leyes, las costumbres o las circunstancias habían tenido en los adelantos que se habían logrado o en su abatimiento y decadencia y, en que se resaltaba la instrucción que se desprendía de esos hechos y en que se procuraba que cada cosa apareciera con el color que le era propio, con fidelidad, exactitud y la firmeza que inspiraban el culto a la verdad y a la justicia.

Esta obra heredera de las inquietudes históricas de Alamán, Bustamante, Orozco y Berra, Fernando Ramírez, Larrainzar y Altamirano, anuncia una concepción nueva de la historia mexicana en que el pasado indígena y español se presentan como base del desarrollo de todos los órdenes de nuestra cultura. Su aspiración básica era definir el ser de la nación mexicana y sus adelantos alcanzados en el camino del progreso.

Allí, en ese pasado, una obra hecha con el afán más erudito y científico de su tiempo, bajo el signo de Vico, Taine, Comte, Spencer y los historiadores alemanes, encontraba también la tesis por la que el presente de México y su destino se esclarecían, por la que sus luchas terribles e ininterrumpidas se justificaban y por las que se abría al pueblo un cauce a seguir. Con esa obra se entregaba al país una posibilidad de comprenderse como ente histórico y una lección moral, científica y política, aún no superada.<sup>5</sup>

### III

Los intelectuales que fraguaron ese puntal de nuestra historiografía eran hombres hondamente arraigados a los intereses de su tiempo. Habían participado en las luchas políticas del país y se encontraban familiarizados con los asuntos del gobierno, pues habían desempeñado diversos cargos que les permitieron estar en contacto con los intereses públicos. Eran liberales cultos saturados de ideales positivistas y de empeños románticos. Chavero, celebrado como dramaturgo en su tiempo, por su erudición era amigo y discípulo de García Icazbalceta y Orozco y Berra, y era también un romántico apasionado de la nacionalidad, fuerza espiritual que a partir de la Independencia afectara todos los órdenes de nuestra cultura en que participaron los liberales; a Riva Palacio, alma de la ejecución de la obra, político de múltiples actividades, se le conocía por su fecunda vena novelística; a Zárate se le consideraba un diestro investigador de la historia; Vigil era periodista y un

<sup>5</sup> De lo que se ha caminado en el terreno de la interpretación histórica, desde que apareció esta obra monumental, habla atinadamente el doctor Edmundo O'Gorman en su ensayo "La Revolución Mexicana y la historiografía". *Seis ensayos históricos de tema mexicano*. Universidad Veracruzana, Xalapa, 1960.

bibliófilo destacado; Juan de Dios Arias, poeta y periodista como Olavarría y sus compañeros de trabajo, pertenecía al círculo de Altamirano que se empeñaba en forjar una literatura orientada a la afirmación de los valores nacionales.

Bajo el influjo de las tesis positivistas de Comte, divulgadas en el país desde 1857 por Gabino Barreda, y de las tesis románticas de la nacionalidad popularizadas ya entre los liberales al mediar el siglo, *México a través de los siglos* intentó explicar cómo se formó esa nacionalidad que se exaltaba en la tribuna y en las letras. Sus autores se consideraban parte de una corriente nueva que tendía a reformar el trabajo histórico mediante una cuidadosa selección y un análisis lógico de los testimonios; a su juicio, el período científico en que se encontraba ya la humanidad había dado un giro diferente al estudio tradicional de la historia y por lo mismo ya no les interesaba tanto la narración de los hechos y de los movimientos políticos como reflexionar filosóficamente “sobre las evoluciones sociales y sobre la marcha y el progreso del espíritu humano; sobre el influjo de la ley de la herencia en el pasado y en el porvenir de la nación; sobre la geografía política del mundo y sobre la relación que el territorio habitado y el medio tienen con los caracteres nacionales”. Creían que la historia detallada y minuciosa iba separándose de la historia sin personajes y que esta última, aunque sostenida por aquélla, era la que debía prestar positiva utilidad en lo porvenir. Investigaron, pero trataron de que su historia estuviera fincada en la sociología para que pudiera ser realmente útil.

Quisieron presentar los hechos en su “verdadera luz”, alejados de cualquier propósito sectario, imparcialmente, sin apasionamientos ni falsos criterios políticos, seguros como estaban de que la época en que emprendían su extraordinaria labor, era propicia, técnica y espiritualmente, para reconstruir la historia mexicana, impulsados sólo por su acendrado amor a la patria y con el deseo de servir de guía a la juventud, “esperanza de la nación”. Su historia aspiró a presentar no una infinidad de detalles sino los grandes hechos en su conjunto, mostrándolos como fruto de las exigencias y necesidades de una época y no del egoísmo humano; un cuadro así, creían, “debía encerrar útiles y fecundas lecciones al mostrar el camino recorrido por el pueblo mexicano desde sus orígenes hasta su época y los senderos por los que la nación debía caminar de una manera reflexiva para corresponder al destino de su siglo”.

Novedosa era la técnica y todavía más lo era el enfoque; el postularse el ser nacional como producto del mestizaje físico y espiritual de las razas indígena y española, al antitesis liberal-conservadora se liquidaba ante un nuevo criterio histórico que respondía en su más hondo significado al deseo de unificar los intereses de los grupos en pugna, después de la Reforma y la Intervención.

## IV

El pueblo que advino a la vida moderna, pensaban, no era la nación que había sido conquistada y tampoco conquistadora, era un pueblo cuya "embriogena y morfología" debía estudiarse durante los tres siglos de la dominación española en los cuales se había formado la individualidad social y política que sintiéndose viril y robusta proclamó su independencia en 1810. Resultante de un proceso que incluía el pasado indígena y el pasado español, era un pueblo cuya historia comenzaba precisamente en el momento en que se encontraron las dos razas a las que debió su nacimiento. La historia precortesiana se presentó así como el primer gran capítulo de la historia nacional.<sup>6</sup>

Al esbozar el cuadro de la cultura prehispánica, Chavero quiso presentar los adelantos de la sociedad indígena en su propia luz, desechando todo lo que podía ser fruto de la imaginación o del engaño, separando las fábulas de lo que realmente aconteció. Con este afán erudito se volcó en el estudio de las fuentes; no pretendía hacer alardes de erudición y por ello omitió notas aclaratorias, pero reconocía que su labor es fruto de la investigación de sus antecesores, de quienes da amplia cuenta en la revisión de las fuentes que le sirvieron de base para componer su libro. Códices indígenas, crónicas españolas, así como historiadores y lingüistas, le proporcionaron datos que le permitieron ahondar en ese pasado y plantear hipótesis superadas ya, y hasta algunas veces confirmadas por la arqueología como testimonio de su estudio concienzudo y sistemático del mundo prehispánico.<sup>7</sup>

Para él las manifestaciones culturales de los antiguos superaron en mucho a las del viejo mundo; sin embargo la historia precortesiana no sólo le parecía digna y valiosa como aportación genuina para conocer una fase del desarrollo de la humanidad; era importante sobre todo, porque constituía parte de la historia mexicana moderna, en cuanto raíz de una de las dos razas que habían dado origen al pueblo mexicano, y en tanto que ese pasado remoto, se recuperaba como base de la nacionalidad y de la historia de una nueva generación deseosa de sacrificar sus tendencias políticas en aras de la comprensión del ser nacional a la luz de la gran ley de la evolución del espíritu humano.

La empresa conquistadora le parecía una hazaña grandiosa dotada de un doble significado. Había sido destructora pero también creadora. Chavero se duele de la destrucción de lo indígena bajo el impacto de

<sup>6</sup> Chavero, Alfredo, *Historia antigua*, T. 1. Primera Epoca.

<sup>7</sup> Para quienes el sentido de la historia se reduce a la verificación de los datos, el mérito de toda la obra se juzga en la medida que resiste la crítica apoyada en conocimientos actuales. El trabajo de Chavero, por ejemplo, no sólo se juzga *cursi sino "poco serio e inútil"* porque sus datos han sido desechados o porque no menciona prolijamente las páginas de sus fuentes.

la Conquista. Por eso siente que ellos, con sus esfuerzos, reconstruyen un pasado que es título de orgullo para los mexicanos. La superioridad de civilización, piensa, dio el triunfo a los españoles y la religión les aseguró el dominio de los indios y sus posesiones. No obstante, siendo la Conquista obra de la fatalidad, terminó con el señorío de Moctezuma sobre multitud de pueblos heterogéneos que al convertirse en aliados de Cortés sacudieron el yugo de aquel déspota y decidieron el triunfo para España, país a cuya sombra surgiría el pueblo mexicano. Lejos ya del antihispanismo o del indigenismo de la primera mitad del siglo, eligió a Cortés y a Bernal como fuentes más dignas de crédito para el estudio de esta etapa. Atacó los aspectos deprimentes de la obra conquistadora, pero juzgó la obra misionera de un gran valor y por encima de todo, el empeño que tuvieron los religiosos en proteger a los indios y en preservar las notas sobresalientes de su cultura le parece meritorio.

En el siglo xvi se formó el embrión de un pueblo que debía ser con el tiempo una República independiente, asienta Riva Palacio. Laboriosa y difícil evolución tenía que consumar aquel informe agrupamiento de familias, de pueblos y de razas unidos repentinamente por un cataclismo social y político para constituir un pueblo que ni era el conquistado ni el conquistador, pero que de ambos heredaba virtudes y vicios, glorias y tradiciones, características y temperamento para unirse en una sola bandera, constituyendo un solo pueblo, reinos y repúblicas que no sólo eran independientes sino enemigas. Las leyes y las costumbres proclamaban la división de razas y de castas, pero los intereses y las familias se fueron identificando y confundiendo hasta formar "el alma nacional".<sup>8</sup>

La Conquista fue generadora de la nueva nacionalidad y *El virreinato* era la historia del desarrollo y desenvolvimiento del pueblo mexicano. Riva Palacio nos explica ampliamente las líneas de ese desarrollo.

Neutralizadas sus tendencias políticas por sus intereses románticos y su filosofía positivista, pudo ver con simpatía a España y a sus reyes. A Isabel, impulsora de la empresa del Almirante, la encuentra noble y poética y aun cuando la Conquista fue al fin una manera de esclavizar a los indios, las protestas de la reina en favor de sus nuevos vasallos hacen que a los ojos del autor liberal, la dinastía austriaca se salve. Sus leyes, aglutinadas por la *Recopilación* de Carlos II, le parecen verdaderas avanzadas de liberalismo y hasta las equipara con las del siglo xix. Si se cometieron crímenes y se abusó de las leyes, indica, en nada se empaña el reflejo de la gloria y gratitud a que es acreedora aquella mujer "modelo de reinas, de esposas y de madres". Estableciendo el paralelo sobre los reinados de la Casa de Austria y la de Borbón, cree, apartándose de los cánones históricos de los ilustrados, que muy a pesar

<sup>8</sup> Riva Palacio, Vicente, *El virreinato*. T. II. Segunda época.

de que se considere mejor el ejercicio del poder por los Borbón, después de un balance analítico, puede afirmarse que los Austria tuvieron un mayor número de dificultades que vencer si bien aquellos lograron desenvolverse con mayor facilidad por haber encontrado española ya la Colonia.

La historia de la dominación española aparece en su esquema como una etapa sin brillo que prepara otra. En esa especie de Edad Media de la historia mexicana lo único realmente notable fue, para él, la formación del pueblo mexicano.

Fue la Colonia un periodo tranquilo de crecimiento interrumpido apenas por tumultos locales y sin consecuencias o por invasiones piráticas en las costas que no tenían más resultado que el saqueo o la destrucción de algún puerto, afirma. La vida se deslizaba sin ruido y sin brillo. Vanamente, agrega, se buscarán en esos tres siglos, los grandes acontecimientos que perpetua resonancia dejan en el mundo; inútilmente querrán encontrarse allí esas luchas apasionadas de los partidos políticos o religiosos, esa efervescencia de los ánimos tan fecunda en rasgos deslumbrantes que caracteriza en las épocas críticas de los pueblos a las grandes convulsiones de la madurez y virilidad. El saqueo de un puerto, las noticias de la corte que una o dos veces al año llegaban con las flotas, las funciones religiosas, los actos literarios de la Universidad y algunas veces las ejecuciones de justicia o actos de fe eran los acontecimientos que turbaban la monotonía de aquella existencia.

La historia del virreinato, señala, es un capítulo de la historia de España, porque fueron los españoles los que siempre ocuparon la atención de los cronistas que poco se preocuparon del nacimiento y desarrollo del pueblo que llegó a formar una nacionalidad independiente. Pero ese pasado, ajeno en Riva Palacio, se vuelve parte entrañable de la historia de México con la existencia de los hijos de los conquistadores y los conquistados, semilla mestiza que había de formar el núcleo de la nueva raza que en trescientos años había de crecer y extenderse por toda la Nueva España sobreponiéndose a las razas que la originaron. El agrupamiento, la analogía en sus costumbres y tendencias los hizo reconocerse como sociedad, dice; el deseo de gobernarse por sí mismos y el odio a la dominación los impulsó a proclamarse nación independiente y a conquistar a base de combates y de sangre su autonomía.

La tendencia natural de los habitantes a la libertad, la predisposición orgánica de los individuos, el ejemplo de otras naciones y el influjo progresista del siglo XIX inspiró y alentó a la nación mexicana a convertirse en pueblo estableciendo la democracia y consignando los derechos del hombre como base de sus instituciones políticas, concluye.

Julio Zárate imprimió también el sello liberal, romántico y positivista al enfoque novedoso y certero con el que analiza la guerra de Independen-

cia.<sup>9</sup> Los intereses patrióticos en que se abriga le obligaban a escribir con sinceridad, buena fe y firme intención de rendir culto a la verdad y a la justicia.

A la luz de sus tesis evolucionistas la guerra de Independencia se muestra como una cadena de luchas necesarias para el desarrollo de la sociedad, pues estaba convencido de que la patria se había ya encaminado en la marcha del progreso. Esa lucha parece a su sensibilidad romántica, un hecho grandioso y digno de la mayor exaltación, aun cuando cree que su historia puede escribirse ya sin odio y sin lisonjas.

La guerra dividió a la sociedad que formaba la Nueva España —dice— y todos los elementos de esa sociedad hubieron de modificarse. El estudio de esas modificaciones es lo que persigue al investigar, ayudado por todos los historiadores del siglo XIX y sobre todo por Alamán y Bustamante; los rasgos fundamentales de esa etapa que decidieron al pueblo a proclamar su Independencia y romper sus lazos con España.

Afirma Zárate que en los tres siglos de dominación se produce el trabajo lento de identificación entre los diversos grupos que componían socialmente a la Colonia y del cual resultara el “alma nacional”. No obstante que las costumbres eran fiel reflejo de la separación de razas que favorecieron los reyes, el pueblo que se formó a la sombra de la dominación, a la hora de proclamar su Independencia, se vio respaldado por los indios y rompieron juntos la aparente armonía que había existido por tres centurias.

Los acontecimientos que se produjeron en Europa después de la Revolución Francesa, así como el ejemplo de la Independencia norteamericana, favorecieron el estallido de la revolución y alteraron la tranquila marcha de una sociedad poco acostumbrada a sacudidas revolucionarias.

A mediados de 1808 llegaron las noticias del motín de Aranjuez y de la abdicación de Carlos IV, de la entrada de Fernando VII, de la prisión de la familia real en Bayona, del patriótico levantamiento del pueblo de Madrid y de la erección de juntas provinciales.

Se percibió de inmediato la separación entre la autoridad constituida, defendida por los dominadores y el alto clero, y los representantes del pueblo apoyados en las masas que serían acaudilladas por simples sacerdotes y oficiales.

Hidalgo concentró las aspiraciones justísimas de la nación iniciando una lucha terrible en que la insurgencia se levantaba como un mar encrespado. Morelos fue el gran capitán de la guerra, campeón de la Independencia y enemigo formidable del régimen español. La envidia que inspiró su gloria hizo prosélitos hasta en sus propios compañeros de lucha, se le inutilizó y su muerte fue el triunfo de cien victorias para el enemigo.

<sup>9</sup> Zárate, Julio, *La Independencia*. T. III, Tercera Época.

Otro gran momento de la guerra fue Mina. Al final de la guerra Vicente Guerrero ofrece el ejemplo del patriotismo más ardiente e inquebrantable por la lucha heroica con que mantiene el fuego de la Independencia cuando parecía haberse extinguido. No obstante tocó a Iturbide —instrumento de las clases privilegiadas para sustraerse al régimen liberal que se instituyó entre 1820 y 1821 en España— ser el unificador de todos los intereses y el consumidor de la independencia.

En esa etapa el estruendo de la guerra ahogó las otras manifestaciones de la vida social, explica Zárate. La lucha, con todos sus desastres, es por espacio de once años, la condición en que vive un pueblo que parecía destinado a dormir indefinidamente. La guerra marca un periodo importantísimo en la vida histórica de la nación mexicana. Decídese allí si ha de ser libre o ha de continuar sujeta; pero al fragor de los combates se efectúa un rápido cambio en los espíritus. Antes que las armas, ya la opinión, y el sentir público han obtenido un triunfo completo. La Independencia, más que aspiración, era la única manera posible de ser del pueblo mexicano.

Sobre las ruinas de la antigua dominación, declara, surge un nuevo pueblo que trae, aparte de la entereza para conservar su autonomía, el valor ingénito de sus antecesores y las ideas, hábitos, educación y tendencias que habían heredado del pueblo que les dio civilización a cambio de su Independencia.

Cayó la dominación española cuando había cumplido su destino y México entra, a partir de la guerra de Independencia, en la vida tempestuosa de los pueblos jóvenes y libres. Comienza a marchar por el sendero glorioso y difícil de las naciones independientes, afirma convencido Julio Zárate, y agrega: trae a su nueva existencia los errores y defectos que le han legado sus dominadores, pero ha heredado también sus altas virtudes y ellas le bastarán para mantener su Independencia y cumplir las leyes inmutables del progreso.

Tenaces y naturales debían ser las resistencias al empuje de los soplos renovadores que ofrecían seductores horizontes de libertad y de progreso, afirma Juan de Dios Arias al entrar al estudio del México independiente.<sup>10</sup>

El medio actúa sobre el hombre y los pueblos no pueden liberarse de la influencia del medio; al emprenderse el cambio, al verificarse el choque de intereses, el país tuvo que pasar por las características revolucionarias que presentaban todos los pueblos desde el siglo XVIII.

La revolución cuandió no por convencimiento sino por sentimiento. Era un contagio moral determinado más por la imaginación que por los razonamientos. Todos los elementos que componían al pueblo mexicano había entrado en actividad. Al sentimiento de emancipación política, lo acompañaban exigencias de carácter social que envolvían refor-

<sup>10</sup> Olavarría y Ferrari, Enrique, *México independiente 1821-1855*. T. IV.

mas profundas. La colisión entre los intereses nacionales y los de las clases privilegiadas era fatalmente necesaria al consumarse la Independencia, con el giro que le dio Iturbide para sustraer a México de las reformas efectuadas entonces en España. El país entró a un estado de disolución cuyo signo positivo era, a pesar de la miseria pública, del desorden social, de la inestabilidad política, preparar una etapa favorable al desenvolvimiento, sin trabas del pueblo mexicano.

El principal obstáculo con el que debía enfrentarse la nación era el poder eclesiástico, cimentado en las creencias religiosas y ligado con el profundo respeto a las autoridades constituidas. El clero, poderoso y rico, monopolizador de las tierras y del crédito, a la par que acumulaba riquezas y fuerza política, perdía las virtudes que en los tiempos de la Conquista le ganaron respetabilidad y prestigio. El recuerdo de las virtudes de los primeros religiosos, sólo servía para establecer un ingrato paralelo con los frailes del presente sumidos en la ignorancia y entregados a la ociosidad y el lujo.

Otro obstáculo casi insuperable lo representaban los intereses del ejército unido por un fuerte espíritu de corporación igual que el clero. Llevado por sus ambiciones atizaba la guerra y se convertía en árbitro de las contiendas políticas. El espíritu partidarista hacía aun a los mejores caudillos víctimas del encono político, habiendo sido esa la suerte del general Guerrero.

El vértigo de la discordia se traducía en desorden crónico, se habían perdido todas las nociones de honor y religiosidad; la estabilidad de los gobiernos dependía de voraces agiotistas y especuladores. De todas estas fuerzas se nutrió el partido conservador que estaba formado por cristianos timoratos y monarquistas convencidos defensores nada más de su situación privilegiada.

Este periodo, que corre desde la consumación de la Independencia hasta la Revolución de Ayutla, era expresión de la lucha necesaria que se había desatado entre los intereses democráticos de la nación y los de la oligarquía de las clases privilegiadas; y lección de liberalismo que presentaba los horrores de los regímenes oprimidos y la confirmación de las tesis propagadas por Gabino Barreda al mostrar que la marcha hacia el progreso era inevitable.

José María Vigil, romántico y positivista, presenta el movimiento de Reforma y la Intervención, como consecuencias de antecedentes que sitúa en los orígenes de México.<sup>11</sup> A través de la Colonia analiza el desarrollo del conflicto que se plantea entre los poderes civil y eclesiástico en los momentos de surgir la Colonia, conflicto que le parece el hilo conductor sobre el que se desarrolla el drama de nuestra historia. La Reforma era para él un problema social y político que resultaba imprescindible liquidar ya en su tiempo.

<sup>11</sup> Vigil, José María, *La Reforma*. T. v.

Al consumarse la Conquista, *no obstante* que los reyes procuraron mantener a la Iglesia bajo su dependencia, se estableció una dualidad entre los poderes espiritual y temporal sobre el cual se erigió el edificio religioso y político, señala Vigil. Así, desde un principio, se dieron choques violentos entre las autoridades civiles y el clero que dieron origen a disposiciones tendientes a moderar un celo respetable en su base, pero que podía degenerar en elemento de anarquía.

Las circunstancias especiales de una sociedad embrionaria en que luchaban razas y civilizaciones tan diversas; la distancia a que se hallaba el país recién conquistado del agente político que daba vida a un nuevo ser; los intereses y pasión de corporación que movía a los evangelizadores, produjeron una lucha en el seno de los mismos y fue así como se vieron surgir enconadas luchas entre el clero secular y regular, entre los frailes y los obispos y dentro de las propias órdenes religiosas que se disputaban la dominación de los indígenas. Los conflictos, surgidos de este afán de dominio, favorecieron la relajación del elemento eclesiástico, los conventos se multiplicaron fuera de las necesidades civiles, las riquezas que acumularan adquirieron proporciones extraordinarias y esto, unido a la influencia que ejercía una clase revestida de carácter sagrado y con la superioridad de cultura intelectual, inspiró en los pueblos un respeto y una veneración sin límites que trascendía a todos los actos de la vida pública y privada, en el individuo, la familia y la sociedad.

Los más ilustrados estadistas españoles habían comprendido, desde mucho tiempo atrás, la necesidad de poner un límite al poder absoluto de la Iglesia, iniciando saludables reformas que se dejaron sentir en toda su fuerza desde que entró a reinar la dinastía de Borbón.

El poder absoluto de los reyes, asentado en el respeto tradicional de los pueblos, podía luchar ventajosamente con su rival, que se inclinaba sumiso ante la disminución del poder inquisitorial, la supresión de las órdenes religiosas, la supresión de bienes de manos muertas y otras reformas que sin grandes obstáculos se establecían progresivamente en el Imperio.

La invasión de Napoleón a España determinó una crisis en Nueva España que venía gestándose hacía mucho tiempo.

El clero bajo, seguido por las masas populares, enarboló la bandera de insurrección, que no sólo luchaba por la separación de la metrópoli, sino también por la extirpación de los abusos inveterados de que adolecía todo el cuerpo de la monarquía española, sintetizando de esta manera el deseo de sustituir el régimen absoluto por el orden constitucional.

Se opusieron el alto clero y las clases privilegiadas, núcleo del partido conservador que odiaba especialmente al espíritu innovador, abu-

sando los eclesiásticos de una manera escandalosa de las armas que la religión y el fanatismo habían puesto en sus manos.

En medio de la guerra, y correspondiendo a sentimientos análogos, España daba un golpe de muerte al régimen absoluto al proclamar la Constitución de 1812. Los forcejeos entre Fernando VII y los revolucionarios se decidieron en 1820 con la supresión definitiva del Santo Oficio y la libertad de imprenta otorgada por el nuevo régimen. El clero de Nueva España, viéndose amenazado en su poder y sus riquezas por el nuevo orden de cosas, confeccionó el Plan de Iguala y proclamó la Independencia como un medio eficaz de conjurar la tempestad paralizándolo así el movimiento reformista que en la propia España se efectuaba desde muchos años atrás.

La Constitución de 1824 dio existencia oficial en México al clero, que estableció relaciones necesarias con el Estado.

Se entabló una lucha entre ambos poderes que arrojó al país en el abismo de la anarquía que por muchos años agitó a la República.

La mudanza de las instituciones, el cambio de regímenes, los movimientos de reacción entre 1821 y 1855 no cortaron, sin embargo, la marcha ascendente del espíritu reformista lenta o rápida, pero siempre segura.

En medio de aquel torbellino de revoluciones, que alejaba toda esperanza de paz, se fue simplificando el problema: llegóse a comprender, por las lecciones de la experiencia, que existía una suma de intereses radicalmente hostiles a los de la nación, vinculados en un cuerpo poderoso por los medios materiales de que disponía y por la influencia incontrastable que ejercía en las conciencias. Se había visto que las condescendencias sólo habían servido para exagerar las pretensiones clericales, que a la primera oportunidad se levantaron contra un gobierno cuya timidez no había conseguido más que su desprecio, coadyuvando a la creación de una dictadura tiránica que trató de ahogar las tendencias del pueblo a la libertad en todas sus fecundas aplicaciones. Desde ese momento la violencia de la reacción tenía que producir una acción enérgica, el moderantismo era sólo una doctrina inaplicable, el pensamiento de la revolución quedó perfectamente definido, tales eran las convicciones de quienes sostuvieron la Revolución de Ayutla.

No había lugar a términos medios indica Vigil. Los dos partidos ventilaban en la lucha su propia existencia, y en oposición a los intereses nacionales el partido que se jugaba el todo por el todo apelaría a todos los recursos sin excluir el del auxilio extranjero. La sociedad mexicana, bajo el impacto de la Reforma preparada por tantos años y tantos hombres, se sacudió en sus cimientos.

La Intervención fue un hecho de trascendencia internacional que obedecía a los designios de Napoleón para extender su poder a América, bajo el pretexto de proteger a la raza latina del avance sajón. Los

miembros de la reacción, en contra de toda evidencia, ignorando el espíritu de la época, olvidando las lecciones de su propia historia, se imaginaron que el monarca francés y el archiduque austriaco les servirían de instrumentos para asegurar sus intereses. Los conservadores fueron cogidos por sus propias redes.

Los proyectos de Napoleón no sólo lastimaron a México; hirieron a todo el continente. La cuestión de México se tornó continental. Las simpatías estaban con el gobierno republicano. El pueblo no hizo otra cosa que defender sus derechos y su soberanía. Juárez fue el único hombre capaz de efectuar tamaña empresa.

Maximiliano no satisfizo los anhelos conservadores. Víctima de un engaño y de sus propios compromisos e intereses, desconocía enteramente la índole de la sociedad en medio de la cual se encontraba y todos sus actos políticos, aun los más bien intencionados resultaron desaciertos.

Su sacrificio fue necesario para consolidar la Independencia del país y fue también una fuente de calumnias para México, que mostró al mundo su inquebrantable decisión de mantener sus derechos y su capacidad para conjurar los grandes obstáculos que se oponían a su progreso.

Con el triunfo liberal los intereses del país se unían y se liquidaban las causas de su abatimiento.<sup>12</sup> Después de terminar heroicamente con todos los escollos que habían entorpecido su entrada a la ruta franca de la paz, el orden y el progreso a que aspirara desde el momento de surgir como Estado independiente, México, en opinión de nuestros autores se adentraba en ella con paso firme y seguro.

¿Cabía el porfirismo en esta imagen optimista? La exaltación demagógica de Juárez y de la Constitución de 1857 en el régimen porfirista así lo indican. Es más, el discípulo más notable de Altamirano, Justo Sierra, no sólo reafirmó los puntos de vista de los autores de *México a través de los siglos*, sino que mostró al gobierno de Díaz como centro de acción del orden y el progreso que estos habían anunciado en su obra.<sup>13</sup>

Al derrumbarse la dictadura en 1910, cayó también por tierra esa visión fantástica de nuestra historia, que vista a distancia se nos muestra como expresión y justificación de las aspiraciones y luchas de una clase, que al llegar al poder se sustentaría ideológica y políticamente en el estatismo positivista que garantizaba la permanencia de su triunfo.

<sup>12</sup> O'Gorman en su trabajo "Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla", *Seis ensayos históricos de tema mexicano*. Universidad Veracruzana, Xalapa, 1960, instruye sobre el proceso ideológico de liquidación de la contradicción liberal-conservadora que hizo posible la dictadura. En otros aspectos, no han surgido trabajos tan esclarecedores de este proceso de síntesis.

<sup>13</sup> *Evolución política del pueblo mexicano*. UNAM, 1948.

Con la Revolución de 1910, observa O'Gorman, la definición del ser mexicano alcanzada por el liberalismo entró en crisis.

Sin embargo pocos autores se han percatado de esa crisis que impone una nueva perspectiva. Los más siguen la huella trazada por los creadores de *México a través de los siglos*, pero de sus plumas no ha salido, no digamos una obra comparable en significación a lo que esta obra fue en su tiempo como ha indicado ya el Dr. O'Gorman: ni siquiera una que supere su contenido general.